

## La noche de la Usina – Eduardo Sacheri [En la radio hablan del “corralito”]

– ¿Se enteró de lo que hicieron? – pregunta el Tuerto mientras Perlassi le carga nafta súper a su Volkswagen. No. Perlassi no se enteró. Tampoco está muy seguro de querer enterarse. “Hicieron”. Ese plural no es cualquier “ellos”. Es el gobierno. Cavallo, de la Rúa. Da igual. Un ente indeterminado y amenazante.

El viernes Perlassi salió del banco cargado, tapado de dudas. Se pasó el fin de semana intentando serenarse. El Tuerto se aleja con el Gacel echando humo por el escape. No se ve porque es de noche, pero el olor es inconfundible. Ese auto debe tener los aros destruidos, piensa Perlassi.

– Fermín – escucha que Silvia lo llama desde el parador.

La sola forma en que lo dice le eriza la piel. Un tono neutro, despojado de emoción, pero porque lo gobierna un espanto que queda más allá de las otras emociones. Mientras camina hacia dentro Perlassi recuerda dos, tres ocasiones en las que Silvia le habló con esa voz. Nada bueno puede empezar así. Su mujer está sentada frente al televisor, sintonizado en un canal de noticias.

– ¿Qué pasa? – pregunta Perlassi, pero su mujer no reacciona.

En los minutos siguientes empieza a entender. Suena el teléfono y Perlassi supone que es Fontana. O Belaúnde. También podría ser Rodrigo. Pero no tiene ganas de atender. El ministro de Economía habla de que no se puede sacar plata de los bancos. Perlassi quiere decir algo pero la voz se le estrangula. Carraspea. No quiere que su mujer le escuche esa voz de pánico.

– ¿Y cuánto dijo que se puede sacar por semana? – por fin lo dice con una voz más o menos entera.

– 250 pesos. 1.000 pesos por mes. – dice Silvia.

Perlassi sabe que tiene que hacer una cuenta pero no consigue. Mete la mano en el bolsillo. Tiene puestos los mismos pantalones que ayer viernes, cuando hizo el trámite en el banco. Hurga un poco y ahí está, abollado pero entero, el ticket que le dieron. “Depósito en cuenta corriente”, dice arriba de todo. Saldo anterior, dice también. Ayer apenas miró el papel, cuando se lo dieron. Qué tonto, piensa Perlassi. Él entregó un montón de dinero y el único comprobante que tiene de que lo entregó es precisamente ese recibo. Y recién ahora se le da por leerlo. El recibo está bien. Primero dice: “Saldo anterior ... \$3.223,45”. Está correcto. Ese era el saldo que tenía el viernes a la mañana en la cuenta. Después dice: “Depósito efectivo ... \$242.186,12”. Ahí está la cifra exacta, hasta con las monedas. “Saldo actual ... \$245.419,57”. Y sin embargo ahora el ministro dice que se pueden sacar 250 pesos por semana. Eso quiere decir que, si quiere sacar los dólares que juntaron entre todos para comprar La Metódica, tienen que pasar ... No es capaz de sacar la cuenta. Es rápido para los cálculos mentales, pero esta noche no. En absoluto. Necesita sentarse. Mejor lo divide por mes. Con números redondos es más fácil. Si son 1.000 por mes, y son 242.000, significa que son doscientos cuarenta y dos meses, y entonces ...

– Veinte años – dice Silvia.

Solo eso. Y Perlassi entiende que ella acaba de hacer la misma cuenta que él, pero con la lucidez y el valor de terminarla. Doscientos cuarenta y dos meses son veinte años. Veinte años son los que van a tardar en sacar la plata que Perlassi depositó ayer en la cuenta bancaria.

Perlassi se incorpora y camina hasta una de las heladeras. Saca una cerveza. Demora mucho en abrirla porque las manos le tiemblan. Vuelve a sentarse. Su mujer cambia de canal una vez, dos veces, entre los canales de noticias. Siempre hace lo mismo. Con el volumen del televisor muy alto. En general Perlassi se queja, pero hoy ni siquiera lo percibe. Lo único que ve es la imagen de los dólares que entregó ayer en la ventanilla. La caja de zapatos llena de fajos de cien billetes de cien dólares. Los fajos de menor valor, donde estaba el dinero de los López, de la viuda de Llanos, de Medina. Los 2.000 dólares de Medina eran casi todos de cinco y de diez dólares. Hasta de un dólar, unos cuantos. El cajero demoró un montón en contarlos, pero no hizo comentarios. Después los guardó. Y le dio ese recibo que Perlassi recién ahora acaba de leer.

Tiene frío. Apenas ha tocado la cerveza. Los dos primeros sorbos lo asquearon. Sigue con la imagen de los fajos de dólares. En los meses y los años siguientes volverá a pensar muchas veces en ese recuerdo. Cuando los sacó a las apuradas de la caja de seguridad, mirando el reloj para que no se hiciera el horario de cierre, aunque Alvarado – todo palmas, todo sonrisas – le había dicho que se tomase todo el tiempo del mundo. Cuando los guardó en la caja de zapatos. Cuando salió hacia donde estaba el cajero esperándolo. Cuando empezó a pasárselos para que los contara. Cuando el cajero los tuvo alineados frente a sí. 240.000 dólares. Perlassi tiembla. Silvia le pregunta qué le pasa, que tiene tan mal semblante. Perlassi tiene frío, aunque cuando se toca la frente advierte que la tiene empapada de sudor.